

LA ENFERMERÍA Y EL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO

La meditación acerca de los principios que rigen los conocimientos, el ejercicio y los modos de intervención del Cuidado Enfermero, en la cultura contemporánea, es una de las discusiones impostergables, cuando aún se advierte que está llamada a circunscribir con más transparencia su espacio en el seno de la comunidad científica, social y cultural. Por ello, en el propósito de estas líneas se halla la intención de plantear una incursión por el pensamiento occidental, tratando, asimismo, de rescatar en qué continentes filosóficos se han desarrollado actividades cuidadoras, y qué fundamentos de esos cuidados de antaño se han mantenido en lo que constituye hoy la esencia científica de la Enfermería contemporánea.

Hace unos veinticinco siglos que el mundo helénico produjo ese extraordinario florecimiento cultural que marcó el amanecer de la civilización occidental. Dotados de claridad y creatividad análogamente primigenias, los griegos antiguos aportaron al pensamiento occidental lo que luego demostró ser una fuente perenne de auto-comprensión, inspiración y renovación. Tanto la Ciencia Moderna como la Teología Medieval y el Humanismo tienen una profunda deuda con los clásicos griegos. Pero también son fundamentales para nosotros en otro sentido: curiosos, innovadores, críticos, e intensamente involucrados en la vida en la salud, en la enfermedad y en la muerte; los griegos, en su búsqueda de orden y significado, crearon valores que aún hoy tienen tanta vigencia como en el siglo V a. C.

De este modo, los Cuidados Humanos se fueron transformando desde el caos en el que se hallaban en el cosmos racional de la Ciencia. Sin embargo, este cambio no fue ni repentino ni absoluto. El "Mithos" convivió con el "Logos" en una relación productiva, en cuanto a tratar de poner orden y en orden ese caos, donde el hombre se siente profundamente débil e inseguro ante la enfermedad, la muerte y el destino. La racionalidad fue para Sócrates, el maestro de Platón, fundamento para la autocrítica racional que podía liberar al pensamiento humano de la esclavitud de las opiniones falsas. Pero las enseñanzas de Sócrates no terminan ahí. Para él, el descubrimiento de la ignorancia no era el final de la tarea filosófica, sino el comienzo, pues únicamente por medio de este descubrimiento era posible empezar a superar los supuestos heredados, que oscurecían la verdadera naturaleza de lo que debía ser un ser humano. Esos supuestos heredados, también son una herramienta valiosa en el tema que anhelamos conquistar, primordialmente en los Cuidados Humanos ligados a lo que posteriormente se especificaría como Enfermería.

La vigencia de los valores griegos se evidencia aplicándola a cualquier imperativo, en discusión, contemporáneo. La Enfermería, desde los albores del siglo XX, tiene una intención de búsqueda y significado de sus quehaceres seculares. No contemplo aquí el legado de Florence Nightingale, ya que en su obra, más que un significado epistémico, hemos encontrado una intención institucional, desde creencias sociales, religiosas

EDITORIAL

y morales. Sin duda, forma parte de la Cultura Enfermera Contemporánea, pero también se ha convertido en un obstáculo epistémico, por la actitud mental de su recepción; haberla amparado como un legado de veneración acrítica la ha convertido más en un mito que en un señuelo de indagación. Sus contradicciones, incluso, tendrían que haber otorgado a la Enfermería la vislumbre del camino a seguir, tan sólo retomando las ideas primigenias de los griegos.

Sin embargo, en este recorrido por las aportaciones de la filosofía griega en el pensamiento enfermero contemporáneo, podemos afirmar que con Aristóteles, Platón bajó a la tierra. En efecto, Aristóteles proporcionó un lenguaje y una lógica, un fundamento y una estructura y lo que no es menos importante, un adversario de formidable autoridad: primero contra el Platonismo y luego contra el temprano pensamiento moderno, sin el cual la Filosofía, la Teología y la Ciencia de Occidente no se habrían desarrollado como lo hicieron. Sin embargo, para nuestro propósito no hemos de olvidar que Aristóteles parte del Platonismo, y cavilando sobre él lo adelanta. Costumbre inveterada: la crítica a las concepciones heredadas, dando paso a esa necesaria forma del conocer humano científico: lo acumulativo.

Durante la Edad Media, la Filosofía de los Cuidados Humanos se instalará en las coordenadas intelectuales dominantes a saber: la Patristica y la Escolástica. Supone el declive del espíritu de la búsqueda de las causas y el auge del concepto del deber cristiano: de la ayuda a los más desfavorecidos, del "socorro de los pobres". Este cambio de actitud hacia el estudio de la etiología física de los males corporales, que en definitiva son consecuencia del pecado original, dejó paso a una concepción en la que los preceptos de caridad y hospitalidad llevaron aparejado un incremento del número de instituciones dedicadas al cuidado del enfermo y el desvalido. No fue si no hasta pasado el año 1000, durante los siglos XI y XII, cuando comenzaron a traducirse al latín las obras de los enciclopedistas musulmanes y aparecen los primeros centros de estudios médicos. En este siglo destacan las traducciones de Constantino el Africano desde el Monasterio de Montecasino, preparando la recepción de la lógica y la filosofía natural aristotélica en el siglo XIII, llegando su punto culminante con la Escuela Médica de Salerno. Los cuidados enfermeros, en este periodo acuñarán su nombre para designar un espacio arquitectónico naturalmente latinizado: *Infirmarium*, o *domus infirmorum*. Estos vocablos revelan los espacios y, por ende, las actividades que allí se realizaban. En los espacios que se diseñaron, al menos de acuerdo al plano del monasterio ideal, hallamos los criterios que se asumieron para proporcionar unos cuidados diferenciados de acuerdo al nivel de consagración a la vida religiosa, al nivel económico de los huéspedes y a la capacidad de contagio del enfermo. La enfermedad se pensó como una consecuencia del pecado pero, sobretudo, era un vehículo de salvación. Como tal se salva tanto el enfermo, por soportar de forma cristiana el padecimiento, como las personas que le ayudan, y le cuidan con resignación cristiana.

La evolución de la sociedad medieval no sólo se reflejó en las traducciones de textos antiguos, si no que si las instituciones dedicadas al cuidado

fueron, en un principio los monasterios la "reaparición" de la vida civil fue alentando la aparición de hospitales. Pero no todos los cuidados se prestaron en instituciones especializadas. Los avatares de la vida fueron entonces, los mismos que los nuestros, y las guerras y las asociaciones caritativas y profesionales desarrollaron actividades cuidadoras. Así pues, las órdenes religiosas, civiles, militares, las asociaciones caritativas y las hermandades surgidas en los gremios también se dedicaron a cuidar a aquellos miembros que pertenecían a su círculo social. Siguiendo en el empeño por descifrar algunas claves que desde el ayer nos esclarezcan la Enfermería en la Cultura Contemporánea, podemos entender que la polisemia del término Enfermería no sólo se refleja en los diccionarios al uso, si no que su propia historia pone en evidencia que la confusión categorial tiene una explicación más profunda. Bien es cierto que la actividad de cuidar se revela en las fuentes latinas, pero esta ausencia de denominación precisa hacia las personas que desempeñaban la actividad de cuidar ha contribuido notablemente a desdibujar el oportuno agrupamiento de las mismas, como ocurrió con otras actividades que, al congregarse, se transformaron en oficios reconocidos socialmente a través de los Gremios.

La filosofía del cuidado enfermero puede llevarnos a pensar que algunos postulados medievales se han sustituido por una "caridad laica" que es la esencia a través de la cual se piensa y se hace la Enfermería. Desde este punto de vista estaría más próxima a las "buenas obras" que al "conocimiento", más cerca de la "verdad revelada" que de "la duda". Podríamos afirmar que el acervo del pensamiento medieval, parece perseguirla como una sombra imperceptible en el avance hacia la explicación racional. La Edad Media se esforzó en la sistematización del conocimiento para su transmisión de modo que, este empeño intelectual terminó por convertirse en jerarquías basadas en el conocer o en el saber hacer del oficio, frente a actitudes exclusivamente morales o religiosas, donde se instalan los cuidados enfermeros. Este obstáculo epistémico, reconozcámoslo, forma parte de nuestro hoy. Florencia Nightingale afirmó que deseó ser Enfermera por una "llamada de Dios" y tras la fundación de su propia Escuela escribió "la Enfermería como misión religiosa: he ahí nuestro objetivo".

La escisión del cristianismo generó dos zonas políticas y religiosas bien diferenciadas; de una parte los reformadores abolieron las órdenes religiosas y con ellos eliminaron buena parte de los recursos humanos dedicados al cuidado de los más desfavorecidos; pobres, enfermos, huérfanos y desvalidos se quedaron sin instituciones de referencia y sin personas a las que poder acudir. En el mundo de la Contrarreforma, con el diamantino Concilio de Trento y los Jesuitas como los soldados de Cristo y líderes del movimiento contrarreformista, la filosofía de los cuidados quedó establecida desde postulados más exigentes ante "la verdad revelada". La filosofía de los cuidados enfermeros, durante esta época se instala en las órdenes religiosas con voto de Hospitalidad: Obregonas, Betlemitas y Hermanos de San Juan de Dios preferentemente, y en los parámetros y coordenadas del llamado "bastión de la Contrarreforma" en las que los principios rectores de la filosofía medieval imperan y se expanden en los cuidados enfermeros.

Durante estos tiempos en los cuales la Ciencia avanza por caminos de razón y fe. Y la Filosofía iniciaba con la Revolución Científica su fundamental cambio de alianza de la religión a la ciencia. La religiosidad de los principales pioneros revolucionarios: Copérnico, Galileo, Descartes y Newton, deriva también, y no en menor medida, de su convicción de estar recuperando un conocimiento divino. Por fin la mente humana comprendía los principios operativos de Dios. Gracias a la Ciencia, las leyes eternas, que gobernaban la Creación, la propia obra divina, se mostraban sin velos. Sin embargo, la Ilustración, durante el siglo XVIII, dará al traste con las claves sociales del Antiguo Régimen, comparándola con la forma de comportarse la Iglesia como institución jerarquizada. Y Occidente que había "perdido su fe" encontró una nueva fe en la Ciencia y en el hombre, si bien la cosmovisión cristiana, siguió viva en el nuevo enfoque secular, aunque a menudo en formas no reconocidas. Entendemos que en esas formas no reconocidas se instalan los modos del cuidado y por ende su filosofía en torno a valores éticos, a un alma individual, dotada de los derechos sagrados y dignidad intrínseca, que se prolongó en los ideales humanistas seculares del liberalismo moderno, al igual que otros temas tales como la responsabilidad moral del individuo, la tensión entre lo ético y lo político, el imperativo de cuidar de los desamparados: posteriormente conocida como la beneficencia.

Durante el siglo XIX y comienzos del XX, la Ciencia llegó a una Edad de Oro, con extraordinarios progresos en todas las ramas principales del saber, amplia organización institucional y académica de investigación y la rápida proliferación de sus aplicaciones prácticas sobre la base de un eslabonamiento sistemático de Ciencia y Tecnología. El optimismo de la época estaba en íntima conexión con la confianza en la Ciencia y en su capacidad de mejorar indefinidamente la situación del conocimiento humano, la salud y el bienestar generales. Los conocimientos "técnicos" de los fenómenos naturales avanzan e invaden la existencia del hombre en su beneficio: la obra de Pasteur es paradigmática; también la anestesia, los conceptos de asepsia y antisepsia que ayudan a la cirugía y a la obstetricia. Con todo ello, se consigue la regresión de la morbilidad y de la mortalidad, y los hospitales se modernizan, ya no son las temidas "antesalas de la muerte". La filosofía curativa entra en una espiral de descubrimientos científicos y consistencia social en la cual la filosofía de los cuidados se somete desde sus constantes filantrópicas al beneficio de la técnica y a su aplicación inmediata, con la impronta, de la filosofía reformista, de literalidad bíblica, y las concepciones de Bacon acerca de la experiencia, en aras del bienestar del hombre y la gloria de Dios. Así, si observamos con intencionalidad los requerimientos de ingreso o "contrato de estudiante" en la Escuela Nightingale y obtendremos una explicación acerca de la filosofía del cuidado enfermero en la cultura contemporánea y su vinculación con la Ciencia.

En el preámbulo se exigen actitudes, no hacia el conocimiento sino inmersos en esa cosmovisión de "caridad secularizada" y posteriormente el término experta tiene que ver con el "saber hacer" más que con el "saber pensar. De alguna manera podemos decir que se sistematizan los conocimientos del oficio para poder ser transmitidos a través de un conveniente adiestramiento.

Hacia mediados del siglo XX, el buen nuevo mundo de la Ciencia comenzó a ser objeto de críticas muy amplias y vigorosas: la tecnología se estaba apoderando del hombre y deshumanizándolo, la individualidad humana parecía cada vez más débil, cada vez menos reconocible bajo el impacto de la producción masiva, de los medios de comunicación y de la extensión de una urbanización desolada y cargada de problemas. El mundo en el que vivía el hombre se tornaba tan impersonal como el cosmos de su Ciencia. Todos estos desarrollos llegaron a su climax desastroso cuando la ciencia natural y la historia política se conjugaron para producir la bomba atómica. Entre tanto caos bélico, la Enfermería, y ahora sí: las Enfermeras se instalan en las estructuras de carácter filosófico-humanitario y desde organizaciones como la Cruz Roja, entran en los campos de batalla para, como ya hiciera Nightingale en Crimea, procurar alivio y humanidad a los heridos, y también como favorecedoras de los valores perdidos; el alter se llamó solidaridad y parecía, con su actitud, dignificar lo que la Ciencia había destrozado. Su participación se hizo necesaria e imprescindible, quedando reflejadas en la iconografía como las personas que encarnaban la compasión perdida, cuya culpable era la propia Ciencia.

Es necesario reflexionar acerca de esta cuestión, ya que el ingreso en la Universidad, en la llamada "oleada del siglo XIX", de otras disciplinas, tuvo que ver con algún acercamiento al campo de estudio que le era propio y que comenzaba a dar frutos, tanto como problema de investigación, como por el intento de rendir explicaciones científicas que mejoraran alguna cualidad no explorada para el beneficio del hombre. No acontece del mismo modo, según las fuentes, para la disciplina Enfermera. Se trata de conquistar un espacio de poder social y legitimidad para la mujer, no tanto de aportar un conocimiento específico. La filosofía del cuidado enfermero, al solicitar en 1912 el ingreso en la institución académica, en donde se supone se genera el conocimiento científico, da un salto cualitativo en el devenir de su intensa y extensa existencia. Y desde ese espacio educativo superior comienza la andadura de procurarse una estructura metodológica así como estructuras interpretativas a través de los Modelos y Teorías, que si bien, desde la Filosofía de la Ciencia y desde la corriente estructuralista de Sneed y Stegmüller, serían modelos potenciales cuyas aplicaciones intencionales estarían aún limitadas, no deja de ser un camino riguroso en el contexto científico contemporáneo.

Dra. Juana Hernández Conesa.
Universidad de Murcia. España.

EDITORIAL